



## La sierra norte de Sevilla, una comarca que agoniza

Quizá alguien, a primera vista, pueda pensar que exageramos al calificar como agonizante el estado actual de la Sierra sevillana. Pero ese alguien tendrá que desplegar no pocos esfuerzos para encontrar un adjetivo que cuadre mejor a una comarca que en 1970 tenía una población de hecho de 67.874 habitantes, mientras había visto partir durante los veinte años precedentes un total de 43.259 personas. Es decir, con un porcentaje de emigrantes en dicho periodo del 63,7 por 100 sobre la población total a fines del mismo. (Datos contenidos en el «Estudio general sobre la economía de la provincia de Sevilla», tomo II, monografía de la población. Sevilla, 1973.)

La Sierra Norte sevillana, que ocupa más del veinticinco por ciento de la superficie provincial y comprende la totalidad de 15 municipios y una parte de otros 12, es una comarca que corre el peligro de quedarse vacía. Y ello a pesar de existir un Plan Comarcal de Desarrollo Económico y Social, que fue el primero en el país de los promovidos por el IRYDA (Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario).

Aún más grave: desde que el Plan se puso en marcha, en 1972, las perspectivas se han oscurecido más todavía para la mayor parte de los habitantes de la Sierra, que se despoblará casi totalmente caso de que se alcancen sus objetivos. Y es que el Plan, a pesar de estar ofi-

cialmente declarado «de utilidad pública e interés social», merecería mejor denominarse «de utilidad privada e interés antisocial».

De utilidad privada, porque sus posibles efectos beneficiadores sólo alcanzarán, de hecho, a aquellas fincas consideradas con posibilidades de mejora cuya producción final anual alcance un mínimo de 350.000 pesetas. O sea, que el apoyo se dará a los grandes propietarios de la zona, mientras que seguirá deteriorándose de forma acelerada la situación de los pequeños y medianos agricultores.

De interés antisocial, porque el Plan no sólo no detendrá el actual éxodo emigratorio, sino que éste adquirirá niveles aún mayores de los que hoy alcanza. Y esto porque lejos de promover nuevos puestos de trabajo, hará desaparecer muchos de los existentes.

Un jornalero eventual de la zona me decía hace unas semanas: *el campo está muerto, no mueve nada una gorda; lo tienen abandonado y no dan trabajo en ningún sitio*. Realidad rigurosamente cierta que el Plan trata de contrarrestar en varios de sus puntos, pero no en uno muy importante: precisamente el último.

Vayamos por partes. Como casi todas las comarcas serranas, la de Sevilla dista mucho de ser rica. Sobre todo, comparada con las feraces y no lejanas tierras de la campiña.

Sólo un treinta por ciento de la comarca es terreno cultivado, predominando en el resto los encinares, alcornocales y desarbolados (pastos y matorral). Las explotaciones mayores de trescientas hectáreas ocupan aproximadamente dos tercios de su superficie, existiendo cotos que sobrepasan incluso las veinte mil hectáreas. El olivar, representando un tercio de la superficie cultivada, constituía tradicionalmente la base de los jornales. En la época de la recolección especialmente, toda la población jornalera, mujeres incluidas, y también la mayoría de las familias de los pequeños campesinos, se dedicaban por entero a la tarea. También otras labores en la tierra calma, así como la limpieza del monte o del encinar, ofrecían un trabajo intermitente y mal pagado a la masa de braceros. Las viñas, relativamente abundantes, ocupando sobre todo las propiedades más pequeñas, garantizaban a sus dueños una aceptable autonomía, no tener que «sudar para otros», aun a costa de renunciar a todo descanso.

Formas de colaboración mutua entre campesinos (sistema del *tornapeón*, por ejemplo), aparcerías leoninas, usureros y prestamistas, masas de jornaleros en la plaza esperando quién les compre su fuerza de trabajo, grandes amos absentistas y caciques de casino componían hasta hace poco elementos muy importantes en el mosaico de la sociedad de la Sierra. Un mosaico que

ha perdido ya definitivamente algunas de sus piezas, mientras que las restantes presentan todas un grado mayor o menor de fuerte deterioro. En buena hora, la vieja sociedad así constituida, injusta y cruel, desaparece. Pero ¿qué nueva sociedad se está tratando de que surja de sus ruinas?

Mucho nos tememos que el proyecto de sociedad al que el Plan apunta no tenga para nada en cuenta la realidad económica y social de hoy. Realidad que, por ser consecuencia directa de la vieja sociedad, ahora en crisis, es, por supuesto, insatisfactoria. Sin embargo, ¿es solución desconocerla y hacer como si se partiera de la nada?

Para proyectar en el vacío, como sería el caso, es primero preciso conseguir ese vacío. Lo que se logrará impulsando las medidas que expulsan a la población que aún queda en la zona. Medidas que, además de encaminarse a este objetivo (algunos preferirán denominarlo *subproducto inevitable o consecuencia no deseada, pero requerida*) obrarán en favor de la finalidad fundamental propuesta: conseguir extraer una rentabilidad económica «racional» a la comarca.

Digámoslo de una vez: la finalidad del Plan del IRYDA es conseguir formar en los terrenos más aptos de la Sierra sevillana una serie de grandes empresas capitalistas rentables, y dedicar el resto del área a cotos de caza para el esparcimiento de quienes integran esta clase y las capas medias de la sociedad al servicio de ella.

Que para conseguirlo pueda hacerse realidad lo que nos decía un pequeño arrendatario: que *dentro de unos años aquí no queda ni el alcalde*, poco importa. Habrá de irse todo aquel que sobre dentro de la nueva planificación económica «racional» de la zona. O sea, casi todos. Esta es una evidencia que no se atreven a negar ninguno de los responsables de llevar el Plan hacia adelante. Inclusive los más inquietos entre los jóvenes tecnócratas de Extensión Agraria, cuando alguien les plantea el problema de qué va a pasar con la población actual, sólo responden con un encogimiento de hombros o, a lo más, con la excusa de que ellos no pueden hacer nada al respecto. Y eso, si no echan mano de esa hipócrita y manida teoría de que *el progreso siempre ha producido problemas de este tipo*.

No discutimos que el futuro económico de la Sierra sea la ganadería. Es bien cierto que muchas de las actividades agrícolas tradicionales no son hoy viables. Sin duda, una parte importante de los olivares serán cada vez menos rentables; la vid continuará su declive,



y los frutales no podrán ser, en modo alguno, la panacea de estos problemas, contra lo que se llegó a creer aún no hace mucho. Manteniendo las arcaicas estructuras actuales y el mismo tipo de dedicación de los campos es totalmente cierto que se acelerará la deterioración de la economía comarcal. Se precisa urgentemente un cambio de rumbo. ¿Pero en qué sentido?

El Plan que criticamos (y otros lo han hecho antes: véase, por ejemplo, lo que dice al respecto Eduardo Barrenechea en el número 45 de los suplementos de «Cuadernos para el diálogo» dedicado a «La Andalucía de la Sierra») trata de terminar con uno de los problemas que ha llevado a la situación actual de bajo rendimientos: la subida del costo de la mano de obra. La opción elegida, apoyar el establecimiento de una ganadería extensiva, hace que se ahorren la casi totalidad de los jornales con sólo cercar convenientemente las fincas. Si se abandona, además, cualquier otro aprovechamiento de los mantenidos hasta ahora, impulsando el cinegético, en cotos bien cercados, y el forestal, en ciertos casos, ahorramos todavía más jornales. ¿Y qué hacen entonces los jornaleros? Pero hombre; no sea usted aguafiestas; ¿no ve que de lo que se trata es de rescatar económicamente una comarca hoy deprimida?

Rescatar, ¿para quién?, ¿en beneficio de quienes?, ¿a costa de qué? ¡Vaya unas preguntas! Pues..., en fin, todos los pasos hacia adelante han supuesto siempre sacrificios, ¿no lo sabía?

Lo malo para este planteamiento, sin embargo, es que la aceleración del éxodo emigratorio, incluso su continuación en los niveles actuales, no parece pueda ser posible en estos momentos. Emigrar, ¿adónde? ¿En qué lugar del país o del extranjero sobran hoy puestos de trabajo? Las respuestas, por supuesto, no las tiene el Plan. Ni siquiera existen.

Pero incluso si no se hubiera producido esta «novedad» exterior —que puede detener la desertización humana de la Sierra y cooperar al desencadenamiento de fuerzas que presionen en dirección muy distinta a la propugnada por el Plan—, es evidente que con el simple ahorro de jornales no se garantiza la rentabilidad económica deseada. Se precisa para ello convertir las antiguas explotaciones latifundistas en empresas capitalistas, lo cual no siempre es fácil, ni mucho menos, para la arcaica oligarquía local, y requiere, entre otras cosas, una capacidad y esfuerzo de inversiones que está por ver. Pero, por lo pronto, se ha intensificado

el cercado de fincas (al campo lo están alambrando y ya no entra ni un obrero, decía uno de éstos) y el abandono de las labores agrícolas es ya casi total, si exceptuamos las pequeñas parcelas de los pocos y cada vez más ahogados pequeños campesinos, que añoran la tierra sin un día ni hora de descanso, hasta su extenuación, luchando en un imposible combate por sustraerse a una proletarianización total, aun al pre-

si éste ofreciera trabajo y atractivos suficientes.

Porque la realidad es que la gente no rechaza al campo; son las actuales estructuras agrarias las que rechazan a la gente. «No tener que estar debajo de amo ninguno», «no trabajar para los que no trabajan», «quitar las tierras al que las tiene abandonadas», «que el Estado se haga cargo de las fincas y dé empleo a todos» no son frases que reflejen

considerar a la Sierra Norte y sus problemas como algo aislado del resto de la región y de los problemas de la región. La Sierra y la campiña son dos realidades no sólo geográficamente cercanas, sino económicamente complementarias. O deberían serlo. Cada una de ellas, y ambas en conjunto, pueden y deben cooperar en muy amplia medida al desarrollo sevillano y andaluz en general. Pero esto sólo será



cio de la deteriorización progresiva de su «standard» vital.

Los pueblos de la comarca han perdido, en los últimos quince años, un treinta, un cuarenta, e incluso más de un cincuenta por ciento de su población en algunos casos. La no realización de muchas labores ha hecho descender espectacularmente el número de horas anuales de trabajo y obligado a los jornaleros al exodo. La falta de una gran parte de su potencial humano está hundiéndose, a su vez, a los pequeños comerciantes de los pueblos: se cierran tiendas de comestibles, pescaderías y establecimientos de todo tipo. La emigración ha hecho ya presa en el sector que antes era autónomo, tanto en el campo como en los núcleos de población. Y los que no emigran a causa, sobre todo de su edad, aún no tienen claro si finalmente se verán abocados a marcharse. Todos responden que si fuesen jóvenes no dudarían. Y ello, a pesar de que, con unanimidad casi total (como estamos comprobando en una investigación antropológica actualmente en marcha), todos (jornaleros, campesinos, pequeños comerciantes) manifiestan que si en la comarca hubiera trabajo y condiciones de vida adecuadas preferirían seguir en ella en lugar de emigrar. Lo que contradice espectacularmente el tópico intencionadamente divulgado de que nadie querría quedarse en el campo, incluso

un ansia de huida ni un rechazo de la agricultura por sí misma. Expresan, eso sí, una oposición a las actuales estructuras del campo. Que es cosa bien distinta.

¿Cuál es entonces la solución para la Sierra? Pues, en parte, alcanzar algunas de las finalidades que propone el Plan, pero por distintos medios. No mediante la consumación de la injusticia de expulsar al vacío a la mayor parte de una población que jamás ha gozado de justicia; dejando, además, vacía la Sierra. Que para llenar la Sierra de vacas no es necesario vaciarla de hombres. Otrs actividades, además de las estrictamente agrícolas que puedan, y deban, mantenerse ocuparían el lugar de las no convenientes ni viables en el futuro. La comarca, se ha vuelto a decir (sólo a decir) recientemente, tiene un enorme potencial minero, especialmente en minerales de hierro, cobre y zinc, entre otros. Aprovechese ese potencial en lugar de clausurar o tener en abandono las explotaciones existentes. Refuércense, en lugar de dejarlas morir, las industrias tradicionales allí donde las haya (las famosas destilerías de Cazalla y Constantina, por ejemplo) y créense otras nuevas en torno a las producciones de la zona, sobre todo a las ganaderas, de tantas posibilidades, según señalan todos.

Pero, más que nada, lo que sí nos lleva a un callejón sin salida es

posible a condición de que ambas comarcas, explotadas con arreglo a sus verdaderas potencialidades, sean contempladas y tratadas como partes de una misma realidad económica y social.

Algo tan evidente que no debería siquiera necesitar puntualización. Y algo que es una realidad práctica todos los años cuando los jornaleros del Pedroso, Puebla de los Infantes o El Garrobo bajan a Villaverde, Lora del Río o Guillena para efectuar las tareas de la recolección del algodón u otros productos. Pero algo cuyo reconocimiento no parece ir muy de acuerdo con los intereses poco confesados, aunque sabidos, de la más poderosa oligarquía del sur. Esa que, a caballo o en Land Rover, sigue beneficiándose del sudor y la emigración de miles de andaluces. Esa que ha levantado un cerco de silencio en torno a todos los proyectos que, como el de la vega de Carmona, puedan tener una incidencia importante sobre la campiña. La que querría hacernos creer que el principal problema se encuentra precisamente en el subdesarrollo, por demás evidente, de la Sierra, para que los ojos y los esfuerzos se aparten del problema realmente central: el de la campiña, cuya solución es la llave de las soluciones de todos los demás problemas de las otras comarcas de la región, incluida la Sierra.

Isidoro MORENO